ESPAÑA Y AMERICA

POR

ARMANDO ROA R.

El mundo europeo se ha desenvuelto alrededor de ciertas ideas fundamentales en cuya génesis y elaboración ha tenido su parte España. Entre ellas tenemos: la conciencia como centro del espíritu, el amor como origen de la libertad y, por último, la relativa homogeneidad de la naturaleza que le permite reducir sus fenómenos a términos matemáticos y por tanto comunes a todos los hombres. Es preciso bosquejar esas intuiciones para marcar diferencias con el sentido y destino americano.

LA CONCIENCIA

Otorgarle a la conciencia un orden preferente es valorizar antes que nada lo existente, pues la conciencia en su forma más primaria es un darse cuenta de la propia existencia y de la de los otros. Los griegos habían descubierto el entendimiento, pero era una potencia orientada de suyo a las ideas eternas; los europeos, desde San Agustín, lo han puesto al servicio de lo existente; mientras en Grecia su actividad se dirigía a lo dado detrás de las cosas—incluso en Heráclito el movimiento y sus leyes aluden a la intimidad de la esencia, a lo que trasciende el conocimiento consciente directo—, en Europa tenderá a coger las leyes de lo existente. Des-

cartes hace de esta idea, no bien clara aún en el mundo medieval y expresa con gran medida en un filósofo como Santo Tomás de Aquino, fundamento claro del pensamiento posterior. Descartes no se interesa ya por ideas del entendimiento a la manera de Aristóteles, las de género y diferencia por ejemplo, pues nunca, según él, podrán darse en la realidad como tales, sino más bien por ideas claras y distintas o, dicho en su lenguaje, capaces de existir de inmediato por sí mismas; la esencia no será en lo sucesivo lo inteligible detrás de los fenómenos, sino la ley del desarrollo fenoménico perceptible a la conciencia.

En Goethe se alcanza la unidad entre acto, conciencia y existencia. La conciencia deja de ser algo propio de una esencia humana previa y se hace resultado de la actividad inmediata de elementos cualitativos diversos; tomados en conjunto, forman lo llamado por él un organismo. Es necesaria la actividad propia de esos elementos y su fusión en una unidad más vasta; sólo cuando ella es tan absoluta que se pierde incluso la huella de sus variados orígenes, nace la conciencia; ésta a su vez se vuelve sobre los elementos que la han engendrado y los hace perdurar en su conocimiento.

La conciencia es de una parte un incesante cambio de estados: afectos, ideas, voliciones pasan en rápido flujo; de otra parte es, en cierto sentido, siempre ella misma; algo, lo llamado núcleo aperceptivo o yo, mantiene la unidad de sus vivencias. En la imagen de lo consciente ha aprehendido el europeo esa justa armonía entre movimiento y permanencia, entre el todo variable y la relativa estabilidad de los individuos, los últimos especie de estaciones de enlace; supera así la clásica antinomia de los griegos haciendo de ambos términos correlativos.

LA HOMOGENEIDAD DE LA NATURALEZA.

De los elementos naturales perceptibles a la conciencia, los más claros son extensión y movimiento, propios además de todas las cosas; por esta vía llegó el europeo a la homogeneidad de las estructuras materiales y a su posibilidad de medirlas con un término común, el número. Lógicamente es el entendimiento quien descubre las leyes respectivas, pero un entendimiento que no debe traspasar el campo de lo intuíble como capaz de existir de inmediato; la ley es lo permanente de la existencia, el principio unitario, algo así como el yo aperceptivo; los fenómenos mismos son lo cambian-

te. El individuo es un conjunto fenoménico atado por ciertas leyes; el movimiento se da de esta manera dentro de lo perdurable, aun cuando esta perduración sea fugaz comparada con lo eterno.

LA ÉTICA Y EL AMOR

Los romanos vieron en las normas éticas leyes dadas por la propia voluntad para ordenar su movimiento; el cristianismo descubrió al europeo que la fecundidad en el cumplimiento de esas normas depende del amor. Los actos ya no valdrán en lo sucesivo por ajustarse a una ética, sino por el motivo íntimo que los impulsa; las normas éticas son neutrales en sí mismas; ubicado el origen valioso de los actos en el amor, el espíritu ya no obra por exigencias particulares de su naturaleza, sino por sobre abundancia; las exigencias del amor son del plano existencial; en relación con Dios, éste fué un descubrimiento acabado de la teología medieval, y la época moderna ha pretendido extenderlo al hombre en igual medida.

EUROPA Y EL CRISTIANISMO

Las intuiciones anteriores nacieron con el cristianismo; él ha hecho al hombre responsable de su destino en todos los planos y le obliga a cultivar sus talentos para acrecentar el legado histórico; mueve entonces su interés por saber, en términos claros, de su propia existencia y del curso del mundo que se le ha encomendado. Un griego de la época platónica poseía un único arquetipo de su esencia al cual asemejar su vida; el cristiano posee, en cambio, un destino propio que nadie más volverá a tener; si no lo realiza, algo vacío deja en la Historia y perturba las relaciones entre lo transitorio y lo absoluto.

ESPAÑA

España integra este círculo de ideas, y dentro de ellas es, se ha dicho a veces, la ejecutora del ideal ético de Europa. En el valorar la conciencia ha ido, sin embargo, tan lejos que ha pospuesto a lo cambiante y temporal todo elemento perdurable dentro de los comunes a la existencia. El rechazar de un modo tan definitivo los hilos unificadores ha privado a España durante dé-

cadas de un conocimiento filosófico y científico a base de conceptos. Ha tomado por cierto lo eterno, pero en un orden demasiado trascendente (1); este mundo se le vuelve temporalidad pura. En el plano volitivo, el *Don Juan* de Tirso es casi tan importante como el *cogito* cartesiano; ambos encierran al hombre en sí mismo. En Tirso se priva al amor de su objeto externo; la mujer se hace mero pretexto y el goce queda en el triunfo del propio yo, sin dar felicidad a lo otro. Antes Molina había cortado el enlace de lo voluntario con Dios al dejar su primer movimiento libre entregado a su propio arbitrio. Suárez, identificando esencia y existencia, ha entregado toda actividad valiosa al campo de lo existente puro. Frente a ellos hubo, es cierto, un Domingo Báñez y un Juan de Santo Tomás, pero su influencia no fué la decisiva en el pensamiento europeo posterior y esto debe obedecer a razones históricas.

España ha llevado, en suma, las vivencias anteriores a su grado extremo.

SUDAMÉRICA

Ninguna riqueza semejante hay en el mundo americano que permita discernir con claridad sus contornos; desde luego, y aludiendo a Hispanoamérica, a la cual nos referimos exclusivamente, podemos decir que ya no vive de igual manera las ideas europeas. En nuestros novelistas y poetas (2) se encuentran a cada instante un problema común, la inquietud por la estructura de las cosas aisladas; no se las ve ya como pertenecientes a géneros determinados, sino como entidades autónomas, cuyo secreto más valioso, según se adivina, está escondido en sus partes materiales. Sería grave error ver en esa materia, inquietante para el sudamericano, la misma del europeo, a base de ondas y corpúsculos acomodados a una determinada intuición; la materia nuestra es un algo primario, como el agua de Tales, pero dura y hostil. En otra ocasión hemos dicho que el sudamericano toma el mundo por el tacto.

---

(1) Es el caso de la gran mística española y de Calderón; demás está decir que esto nada toca de su valor real en sí.

(2) Recuérdese: *Entrada a la madera, Unidad, Significa sombras,* etc., de Neruda; *Tala,* de Gabriela Mistral; *Don Segundo Sombra, La vorágine, Los de abajo, Doña Bárbara, Cabo de Hornos,* etc.

Las cosas para el sudamericano son condensaciones únicas de esta materia, a la cual, mientras no la coja en sus contenidos íntimos, no podrá clasificar a la europea en géneros y especies. Eso lleva a nuestros historiadores a describir con exceso de detalle personajes y hechos, sin discriminar categorías; a nuestros pintores, a atiborrar de cosas sus cuadros, huyendo del aire, que les suena a vacío; a nuestros hombres de ciencia, a describir fenómenos o a acumularlos numéricamente; la mayoría han sido naturalistas (3), pues allí los seres se estudian con el máximo de propiedades; a la inversa, no deja de ser notoria la curiosa infecundidad físico-matemática de los sudamericanos; no pueden aislar la extensión o el número del objeto concreto en que se da; hablamos—y demás está decirlo—de la vivencia interior de estos elementos y no de su manejo teórico y abstracto, lo que es posible, por cierto, a todo hombre normal. Esta creencia en el valor absoluto de los individuos concretos, no dado por lo demás en ningún otro grupo de pueblos, debe de haber llevado a la fragmentación del continente en una serie de pequeños Estados y al régimen de dictaduras. El dictador no representa a Dios, al Estado, ni a determinadas ideas; dura en el mando mientras se lo permite el poder de su individualidad y no es arrojado por una individualidad más fuerte. En los países de régimen jurídico como Chile se adivina por debajo un acuerdo tácito, en cuya virtud ciertas normas impedirán el roce, dando una esfera autárquica a cada hombre. En la medida que el chileno es el primer sudamericano en percibir esa forma de vida, capaz de satisfacerlo sin violentar sus particulares vivencias, se convierte en el hombre con el destino más preciso entre todos.

Como el sudamericano no percibe aún la intimidad de las cosas y se le dan envueltas en una nube de propiedades, procura por ahora liberarse de ellas a base de técnica; cuando otros pueblos podían proporcionársela mejor, optó por independizarse de España; se agregaron influjos de determinadas doctrinas europeas que en ese instante halagaban el deseo de moverse en un círculo que nos protegiese de todo contacto directo. La libertad en Sudamérica tiene algo del liberarse físico, del poder estar a salvo del encuentro obligatorio con los otros.

Los hombres sudamericanos se saben teóricamente pertenecientes a una especie, pero se viven como condensaciones individua-

(3) Nuestro mejor científico en Chile ha sido el abate Juan Ignacio Molina.

les (4) de aquella materia primaria, a la cual se agrega un espíritu que no logra traspasarla. Cada uno se vive a sí y a los demás como algo apenas conocido y como algo de lo cual vale la pena resguardarse; tal vez por eso el amor verdadero y el conocimiento del interior de los protagonistas casi no existe en nuestra novela, tampoco en nuestra historia.

No deja de ser curioso que dos de nuestros pensadores más profundos, Briceño y Lacunza, fueran uno scotista y defendiese el valor de todas las cosas en cuanto individuales, y el otro milenarista, cuya idea central es que el tiempo concreto debe terminar en una persona y un acto histórico también concreto: el gobierno de la tierra durante un período por Cristo mismo.

Quien tendiese a ver en esta inquietud sudamericana por lo concreto algo de lo que en Psicología se llama pensamiento concretista, no asimilaría nada de su sentido; el sudamericano no ve en las cosas el todo y sus partes membradas; su problema es de una altura mucho mayor: intuir la razón de lo individual en sus estructuras básicas (5), ver qué es en sí esto que los europeos llaman materia y cuya esencia eluden, bastándose con los conceptos fenoménicos de onda y corpúsculo.

No creemos en ninguna diferencia de culturas a la manera de Frobenius o Spengler; el hombre toma unitariamente al ente, y lo que descubre de verdadero debe serlo siempre; sin embargo, en el orden del espíritu, cualquier elemento que entra o sale obra por presencia o ausencia y altera el valor cualitativo del conjunto. El sudamericano recibe y acepta con amor el viejo mundo europeo, pero al entrar éstos en contacto con otros elementos, también presentes en su alma, integran una nueva unidad y pierden parte de su fisonomía; hablamos, por supuesto, de lo europeo realmente

---

(4) La primacía del individuo no es análoga al individualismo europeo. Este deriva de una pretendida inmanencia absoluta de la conciencia, y en ese plan da el mismo rango a todas las conciencias, ya se las mire desde el ángulo del yo trascendental, como en Kant y Fichte, ya desde el ser concreto, como en Kierkegaard y Heidegger. El individuo sudamericano es una condensación indivisa de una sustancia primaria, cuyo nombre más ajustado puede ser el de materia.

(5) El sudamericano vive el espíritu, y presiente que, aún el conocimiento de valiosos sectores de éste, se le revelarán si mira cara a cara la estructura en sí de la materia y las exigencias que pone a la existencia. No se le escapa que la actual estructura atómica europea es un modo teórico de explicar ajustadamente una serie de fenómenos; pero en ningún caso se enfrenta de inmediato con la materia misma. La materia prima de Aristóteles es, a su vez, para el sudamericano demasiado negativa; sin embargo, ve allí el más valioso intento de aproximación.

integrado y no de lo imitado. El destino de este proceso no se percibirá mientras no seamos capaces de expresar nuestro mundo; entre tanto, la colaboración entre España y América no puede ser sino un conocimiento recíproco e íntimo. En todo caso, del cristianismo hemos recibido también la validez enorme de las estructuras materiales del individuo (6) para la vida de la realidad y en ese descubrimiento debemos encontrarnos al fin con el resto del mundo occidental.

---

(6) Pienso en el dogma de la resurrección de los cuerpos, y, desde luego, en la Eucaristía.

Armando Roa.
Lazié, 2134.
SANTIAGO DE CHILE.